



**PROPUESTA DE DOCUMENTO POLÍTICO PARA LA ASAMBLEA  
CONSTITUYENTE DE IZQUIERDA ABIERTA**

UNA IZQUIERDA PARA LA **INDIGNACIÓN**,  
UNA IZQUIERDA PARA LA **PROPUESTA**,  
UNA **IZQUIERDA ABIERTA** PARA QUE LAS COSAS CAMBIEN

## **UNA IZQUIERDA PARA LA INDIGNACIÓN,**

## **UNA IZQUIERDA PARA LA PROPUESTA,**

## **UNA IZQUIERDA ABIERTA PARA QUE LAS COSAS CAMBIEN**

### **IZQUIERDA ABIERTA ¿POR QUÉ?**

Parecía difícil de creer y sin embargo ha sucedido: los mismos que nos llevaron al borde del precipicio quieren ahora gobernar en exclusiva la salida del laberinto. Lo peor es que pretenden hacerlo conduciéndonos por el mismo camino que nos ha llevado al naufragio. Fieles a su viejo recetario suicida, los dirigentes insisten en sus dogmas, en la obsesión mercadocéntrica, en el empeño flexibilizador y privatizador del mantra neoliberal, en la indecencia de culpar a las víctimas de la catástrofe provocada por los verdugos. Ahora ya lo sabemos: no puede haber capitalismo con rostro humano. El capitalismo realmente existente nos deshumaniza y degrada las condiciones de vida de la mayoría.

Para cambiar esto y, sobre todo, para ofrecer una nueva esperanza hace falta una nueva izquierda alternativa. Una izquierda sin complejos, con voluntad de ser útil, capaz de servir a los intereses de la mayoría, con ambición para construir un programa de cambio que ilusione y sea creíble. Solo desde la ambición de configurar una nueva mayoría reconquistaremos el favor de los sectores populares, de la cultura crítica, del pensamiento libre, de los movimientos sociales.

Son tiempos para construir una esperanza, no para discutir entre nosotros con la soberbia de la exclusividad ideológica y la vana pretensión de la certeza. No somos propietarios de la verdad, sino ciudadanos que comparten una experiencia colectiva de injusticia social. Por eso es necesario sumar, construir un empeño político de rebeldía al que puedan sumarse todas las personas que tengan algo que decir y quieran hacer algo. El viaje que proponemos no tiene un puerto de destino ya establecido. No conocemos los adjetivos de la emancipación. El itinerario y la isla a la que llegaremos deben ser decididos por la gente misma que participe en el proyecto.

Los tiempos son difíciles, pero también están llenos de posibilidades. La urgencia define nuestra oportunidad real. Por eso que queremos vivir este momento como un tiempo de oportunidades. No pretendemos gestionar un rinconcito que asegure nuestros pequeños intereses. Aspiramos junto a muchos y muchas a cambiar el mundo. Nosotros y nosotras, gentes de IU y de fuera de IU, comprometidos en este Foro, queremos hacer nuestra parte y os invitamos a participar. Necesitamos la compañía y la fraternidad.

Nacemos para la rebelión, para la indignación, pero también para la propuesta. Nacemos para decir alto y claro que no nos conformamos, que somos parte de esos millones de personas que han dicho BASTA en el espacio público desde hace años. Somos parte de los indignados e indignadas, somos

parte de los que quieren abrir espacios para repensar nuestra sociedad desde sus cimientos.

Nacemos para construir, junto al mayor número de ciudadanas y ciudadanos posible, una respuesta contundente a la agresividad de los poderosos y sus políticas insolidarias. Viajamos en el mismo tren que otros muchos y somos parte de un proyecto político: una Izquierda Unida.

Creemos en la fuerza de la unidad y creemos también en la necesidad de hacer visible nuestra diversidad y nuestra pluralidad. Pretendemos animar un espacio de encuentro y abrir un proceso constituyente de la izquierda transformadora cuyo objetivo debe ser uno y claro: un movimiento social capaz de cambiar las cosas de raíz.

Desde hace tiempo venimos constatando que la izquierda alternativa está fragmentada en varios proyectos. Y todavía más preocupante es el hecho de que una buena parte de la gente más creativa, más inquieta y dispuesta a comprometerse está en su casa huérfana de organización.

Por otra parte, el 15M y el movimiento de los indignados ha sido un soplo de aire fresco, una oportunidad de repensar la política y sus métodos, una gran conversación entre gentes de diferentes tradiciones para imaginar, de manera concreta, otro mundo posible.

Nosotros y nosotras, las gentes de Izquierda Abierta, creemos que la situación y ese impulso poderoso de millones de personas conforman una gran ocasión para sacudirnos la pereza, las rutinas y el sectarismo de partido. Izquierda Abierta quiere ser parte de ese impulso imprescindible para construir una alternativa a este sistema y a sus desmanes.

Somos conscientes de que este es un esfuerzo de muchos y muchas, que hay tantas voces fuera como dentro y que hay otras prácticas y otras alternativas que deben ser incorporadas. Izquierda Abierta quiere ser, sin más, parte de ese proceso. Eso sí, parte activa, entusiasta y comprometida.

No tenemos una idea preconcebida de cómo deben ser las cosas. Tampoco de la identidad final del proceso, ni de su nombre, ni de las gentes que deben representarlo. Tenemos la seguridad de que todas esas incógnitas deben ser despejadas en el mismo proceso de debate, discusión, elaboración y propuesta. Eso es un proceso constituyente tomado en serio. No queremos procesos impostados que disimulan mal el objetivo de cambiarlo todo para que nada cambie y para que permanezcan los mismos de siempre.

Queremos impulsar este proceso desde IU, desde la organización en la que participamos y nos da sentido. Pero queremos hacerlo también desde fuera de IU, conscientes de que hay demasiada gente desamorada de IU porque a veces sus prácticas han sido frustrantes. Queremos intentar, con la paciencia de las tejedoras, enhebrar en una gran bandera de diversos colores, en un frente amplio, todas las experiencias, prácticas e ideas que hoy viven en nuestra organización, en otras organizaciones o al margen de las mismas.

Queremos Izquierda Abierta porque necesitamos ese espacio que se piensa a sí mismo como plural, abierto, integrador y amable, sobre todo amable.

Frente a la hostilidad y violencia de las clases dominantes y sus obscenas propuestas, necesitamos reconstruir espacios de convivencia y encuentro que ofrezcan una perspectiva clara para demostrar con seriedad que las cosas pueden y deben ser de otra manera. Lugares donde reconstruir una comunidad política y social de gentes que practican modos de vivir y relacionarse claramente distintos y alternativos.

Izquierda Abierta es una propuesta para cambiar, para arriesgar, para no tener miedo de equivocarse, para repensar la política, la democracia y nuestra convivencia. Y para hacer todo esto, con otros muchos y muchas, desde IU o desde fuera de IU.

## UNA CRISIS SIN PRECEDENTES DEL SISTEMA CAPITALISTA

La crisis acelerada del sistema capitalista nos asalta cotidianamente. Hace que nuestra vida comience a ser difícil, casi insoportable para muchos ciudadanos y ciudadanas. De paso, empobrece el futuro y las expectativas de varias generaciones, condenadas a arrinconar sus ilusiones y sus proyectos por culpa de la ambición del sector financiero. Como suele ocurrir, la crisis se ha cebado con los sectores más populares y vulnerables. El objetivo de la crisis para los privilegiados -y para los políticos que se someten a sus intereses- parece ser la explotación sin límites de las clases medias y trabajadoras para seguir suministrando recursos a los más ricos. Según la OCDE en los últimos veinte años la situación de desigualdad se ha hecho más lacerante y crónica. ¿Cómo es esto posible?

Se hace cada día más evidente que una buena parte de las políticas que se proponen no tienen ninguna justificación económica solvente. Se trata, sin más, de aprovechar la coyuntura para perpetrar un asalto al estado del bienestar que aún permanece y resiste. De paso, se asaltan también los fundamentos del sistema democrático. Detrás de las medidas que el gobierno de España ha desarrollado contra la educación pública o la sanidad, no pueden aducirse más razones que la hostilidad de la derecha neoliberal contra las políticas públicas universales y contra los servicios públicos de calidad.

El conjunto de medidas que viene justificándose como una respuesta obligada a la crisis condensan en realidad la decisión política de imponer un completo programa de “reformas” que liquiden la dimensión social de la democracia. No estamos ante una simple respuesta a las tan cacareadas exigencias de los imprevisibles y anónimos mercados. Estamos ante la connivencia de clase entre partidos políticos, mercados e instituciones internacionales con la pretensión decidida de modificar en profundidad nuestras sociedades, moldearlas al gusto de los intereses de esa exigua e irresponsable minoría del 1%. Estos sectores, en su alocada carrera por salvar sus grandes beneficios, han elegido el camino de convertir en rehenes al resto de la sociedad.

Por eso todos los sectores están siendo afectados por estas medidas en un proceso que no contempla la marcha atrás. Nadie puede esperar, ingenuamente, que una eventual mejora de la situación produzca el efecto de un retorno a la situación anterior. Si no lo remediamos ahora, la destrucción de derechos sociales y políticos será el suelo del que partiremos mañana para pensar la sociedad del futuro.

Esta dimensión de la crisis aparece de la mano de una insultante presencia social de las élites económicas. Los más ricos han aumentado sus rentas, sus privilegios y su poder. Las desigualdades nunca habían sido tan salvajes y obscenas en nuestra historia reciente. Sólo esta razón es suficiente para decir basta.

Pero las consecuencias de la crisis amenazan con llevarse por delante otras muchas conquistas democráticas en diferentes ámbitos.

Si las consecuencias sociales son obvias y preocupantes, no son menos evidentes las consecuencias medioambientales y las democráticas. Vivimos un proceso vertiginoso de involución democrática, un deterioro sin precedentes del estado de derecho, una degradación de los derechos civiles y democráticos. El creciente poder de los señores del dinero y la pérdida de sustancia democrática de nuestras instituciones nos retrotraen a los oscuros tiempos del medievo: señores feudales con poderes ilimitados y un estado débil incapaz de asegurar la protección del conjunto de la sociedad.

Las prioridades económicas han convertido en asuntos secundarios preocupaciones fundamentales en una democracia como la dignidad individual, la transformación de realidades discriminatorias por cuestión de género, las políticas de igualdad y el respeto a las diferencias. Ocurre lo mismo con los temas medioambientales, silenciados en un rincón de la agenda pública. Nosotros y nosotras no podemos permitir nada semejante. Los y las de abajo sabemos que el deterioro ético y la dimensión ecológica forman parte del conjunto de una crisis que está convirtiendo a nuestro planeta en un lugar cada vez más injusto. El deterioro de la vida es una consecuencia de la lógica del expolio y la expropiación. Ese irresponsable 1% que hoy pretende gobernar los destinos del mundo, expolia económicamente a las clases medias y los sectores populares; asalta los derechos sociales y laborales; secuestra la democracia y destruye el patrimonio natural común. No hay límites a su codicia. Poner en primer plano los derechos civiles y el trágico estado medioambiental del planeta, que exige soluciones urgentes, forma parte del alma alternativa que debe caracterizarnos.

## **El papel de la Unión Europea**

En este empeño destructivo la Unión Europea está jugando un papel especial y relevante. Al renunciar a una verdadera configuración política y fiscal, la Unión Europea ha servido como coartada a las políticas más reaccionarias de los gobiernos nacionales y no ha podido responder a los asaltos sin límites de la economía especulativa. La insistencia obsesiva sobre el control del déficit público como único horizonte de actuación sólo ha servido para deprimir las economías y deteriorar los niveles de vida de las clases medias y de los sectores populares. En el fondo, esta lógica responde a un compromiso del sistema político de la UE con los intereses de las minorías financieras. Esta

impudorosa realidad se está llevando por delante la legitimidad del proceso y el proyecto mismo de integración europea. No es sólo que esté ya en cuestión la operatividad de una moneda única, es que está también amenazada la perspectiva misma de la integración europea.

De hecho, ahora mismo, es necesario decir alto y claro que sostener el euro no es lo mismo que defender el proyecto de integración. En su momento formamos parte de las fuerzas políticas y sociales que denunciaron la condición neoliberal de la introducción del euro. Que poner en marcha la moneda única, con un Banco Central irresponsable democráticamente; con un presupuesto comunitario ridículo; sin política fiscal compartida; sin política social compartida; sin política económica coordinada; sin plan alguno para responder frente a la eventualidad de una crisis económica habida cuenta de la diferente y desigual situación de cada país, era un disparate que antes o después pagaríamos. No eran los presagios de Casandra, era hacernos eco de las voces que desde muchos lugares alertaban contra un proceso muy mal pensado y peor diseñado. Ahora es el momento de decir que salirse del euro es una opción y una necesidad si con ello nos aseguramos mejores opciones para responder a la crisis sin seguir deteriorando las condiciones de vida de la mayoría.

Desde IA creemos que las alternativas y las soluciones a la actual crisis económica y política deben buscarse dentro del ámbito posibilitado por la integración europea, pero que eso, hoy, es compatible con debatir sobre la salida del euro y sobre la necesidad de un Plan Económico Europeo. Pero la legitimidad de ese objetivo pasa, ineludiblemente, por la refundación del proyecto mismo y por nuevo diseño institucional que permita la soberanía cívica y la democracia participativa. Ese debe ser nuestro objetivo. El repliegue nacional, el retorno a supuestos intereses nacionales en este contexto de globalización, supondría una irresponsabilidad con costes muy altos para los sectores populares. La reconstrucción del estado social y de una democracia intensa y participativa, requiere de una dimensión europea y transnacional.

La rebelión democrática frente a esta situación de expolio y engaño es una exigencia y una necesidad. No nos gusta dramatizar, ni nos satisface el gesto duro y serio. Pero son tiempos difíciles y demasiada gente está padeciendo este ataque sin precedentes que las élites financieras, el 1% de la población, han desatado contra el resto de la sociedad.

NO hacer nada, resignarse, no puede ser una opción.

## **1. Del terrorismo global a la mayor crisis de la historia del capitalismo**

El Siglo XXI comenzó con los atentados de Al Qaeda sobre las Torres Gemelas en Nueva York. El 11 de septiembre de 2001, el vuelo 11 de American Airlines y el vuelo 175 de United Airlines, pilotados por terroristas islamistas, impactaban sobre dos edificios emblemáticos de Estados Unidos produciendo una conmoción mundial de consecuencias incalculables en aquel momento.

La expresividad de ese atentado terrorista ponía de relieve cambios en nuestro mundo con implicaciones en todos los ámbitos. De pronto se retaba al

imperio desde presupuestos cultural-religiosos y mediante acciones lejos de los estándares convencionales, fueran estos políticos o militares, con efectos devastadores en términos simbólicos. Emergía con mucha fuerza el papel de la identidad, el uso de las nuevas tecnologías y la condición global de algunos hechos políticos.

La respuesta de Estados Unidos y sus aliados tuvo como consecuencia un importante conjunto de cambios de naturaleza política y geoestratégica que siguen proyectando hoy día su larga sombra.

Esta larga sombra marca nuestro presente y nos remite a la actividad de los gobiernos en aquellos días: una respuesta global en clave conservadora buscó mostrar el poder de los estados agredidos y reinterpretar los desafíos del momento en clave *securitaria*.

De ese tiempo rescatamos al menos tres cuestiones relevantes que han moldeado la acción política de los estados desde entonces. *En primer lugar*, la idea del estado de excepción como normalidad. La retórica posterior a los atentados hablaba el lenguaje de lo excepcional, un cambio epocal que nos obligaba a reconsiderar nuestra civilización y sus relaciones con otras culturas. Se abría la rutina paradójica de la excepcionalidad vivida como norma.

La política, tal y como la habíamos conocido hasta ese momento, podía ser congelada a voluntad de los nuevos poderes ejecutivos. Se trataba de poderes opacos que reclamaban las administraciones y que entregaban unos Parlamentos asustados y con poca decisión.

En ayuda de ese imaginario de excepcionalidad se desplegó una importante actividad legislativa. *Y esta sería la segunda cuestión significativa*. El paradigma democrático de esos días apareció magníficamente interpretado por esa sentencia que proclamaba lo siguiente: “aquí tienen nuestros derechos civiles, ahora deben protegernos”. Y, efectivamente, la entrega de derechos civiles se produjo y fue sancionada normativamente. La USA Patriot Act, aprobada el 26 de octubre de 2001, suponía un radical recorte de derechos civiles y su subordinación, supuestamente, a la estrategia de lucha contra el Terrorismo.

Recordemos, simplemente, las críticas que ya en su momento recibió esa Ley por dejar la vida privada de los individuos expuesta a los servicios de inteligencia y de represión. La norma, conviene recordarlo, fijaba un plazo (hasta finales del año 2005), de prescripción de aquellas normas más lesivas para los derechos civiles y políticos. Tras un arduo debate, fue finalmente ratificada el 9 de marzo de 2006 por el Presidente Bush con muy pocos cambios respecto a la original. Es decir, aquello que fue aprobado en condiciones de excepcionalidad se ha convertido en la nueva normalidad.

Cambios legislativos de parecida naturaleza se produjeron en varios países y queda como testimonio oprobioso de ese tiempo el penal de Guantánamo, que ponía de manifiesto la capacidad de la primera potencia mundial para burlar el derecho internacional sin más explicaciones.

La combinación de psicosis, lenguaje bélico desde el poder y cambios normativos, instaló en la sociedad la idea de un momento de excepcionalidad cuyos riesgos compensaban la transferencia de poder e intimidad a los servicios más opacos del Estado: la inteligencia y los cuerpos de seguridad. Lo

importante es, precisamente, esto, la aquiescencia de las poblaciones que entregaron su patrimonio de derechos a cambio de la protección del estado, sin preguntar nada más.

De paso se consolidó en el imaginario social la idea de que las situaciones excepcionales precisan de medidas excepcionales. Y que ese nuevo estado de la sociedad exige disposiciones que serán dolorosas. Probablemente, nunca antes el poder político –en connivencia con otros poderes- tuvo tantos recursos a su disposición para hacer del miedo un gran regulador social. Se ponían sólidos cimientos cultural-políticos para usar estos medios en otros momentos excepcionales. Seguro que la ocasión se presentaría.

*La tercera cuestión hace referencia a un cambio en la perspectiva del estado.* Si la lógica neoliberal ha buscado afanosamente su desmontaje pieza a pieza, la perspectiva de la “lucha contra el terror” incrementó el poder del estado y le habilitó para incrementar su poder represivo y fiscalizador. Podría parecer sorprendente que, precisamente, aquellos más denodados defensores de la entronización del mercado y de su lógica como único referente válido incluso en términos morales, sean, al tiempo, los más fervientes defensores del incremento en la capacidad represiva y vigilante del estado. Pero es solo una paradoja aparente.

El análisis del neoliberalismo ha mostrado que la nueva racionalidad política no se ha acompañado de una disminución de las prerrogativas del estado, o incluso de su perímetro, sino, al contrario, de un potente voluntarismo estatal. La mano derecha del estado (la de la economía, la seguridad y el ejército) se ha utilizado para debilitar hasta la extenuación la mano izquierda (la de las políticas sociales y asistenciales).

La suma de fuerzas que han defendido este conjunto de políticas que hemos denominado, convencionalmente, neoliberales, representa la articulación de un conjunto muy variopinto de integrantes: ultras religiosos y políticos; rancios conservadores; una parte de la elite social y profesional que ha prosperado con la globalización; la jerarquía de varias iglesias; los dirigentes de varias familias políticas, etc... En términos culturales, ese bloque político y social mezcla de manera virtuosa la perspectiva neoliberal y la neoconservadora. Ambas abiertamente diferentes e incluso contradictorias en algunos puntos, se refuerzan en una dinámica incremental e integradora. Por una parte, el aumento de la autoridad del estado, es el corolario evidente del proceso de despolitización individual que viene produciéndose. Por el otro, el neoconservadurismo y su reivindicación del estado, así como sus afirmaciones morales e identitarias, proponen un reencantamiento político y un rencor populista ante oscuras amenazas, susceptibles de compensar el desencantamiento producido por la lógica tsunami de las prácticas neoliberales en todos los órdenes.

Este punto me parece especialmente importante. Entender, entre otras cosas, el 15M nos exige salir de la visión estrecha y simple que considera el neoliberalismo sólo como una ideología económica. No conviene olvidar o minusvalorar los efectos combinados de estas mentalidades sobre la democracia, el ejercicio de los derechos y la cultura política de nuestras sociedades.



## 2. Las consecuencias políticas de la globalización: el giro neoautoritario

Hemos vivido una acumulación de situaciones y procesos que han convergido en cambios tectónicos en nuestras sociedades. Nuestra vida ha transitado del mundo previsible y ordenado del fordismo, al mundo desordenado y descontrolado de la globalización. Esos cambios han afectado a todos los ámbitos. En la esfera política, las transformaciones han resultado aparentemente menos manifiestas. Y, sin embargo, son muy significativas y sensibles. La consecuencia más llamativa es la pérdida de significación de la política como institución reguladora de la vida de las comunidades. La política está sometida hoy al dominio de la lógica del mercado y sufre una importante pérdida de legitimidad por su clasismo y sus subordinaciones. Estos cambios están significando una auténtica transformación del sistema. Una mutación sustancial de nuestras condiciones a la hora de pensar la vida en comunidad. Son cambios que afectan a las instituciones y sus lógicas, pero también a las poblaciones y su disposición respecto a los asuntos públicos, así como a su virtud cívica.

Han emergido poderes desregulados y salvajes consecuencia del proceso de deconstitucionalización de nuestros estados de derecho. Este proceso, desconocido por la extensión de los incumplimientos del orden constitucional, se explica por la doble crisis destructiva de la representación política. Crisis por arriba y por abajo. En todos los casos se pone en cuestión o se niegan las separaciones entre esferas o niveles de poder: entre Estado y pueblo, entre esfera pública y privada, entre fuerzas políticas e instituciones públicas, entre poderes mediáticos y libertad de la cultura y de la información.

Los aspectos de la crisis por abajo nos hablan de la “homologación de los que consienten y la denigración de los que disienten”, junto al declinar del sentido cívico y del compromiso ciudadano, fruto de la exacerbación de los peores egoísmos individuales y sociales.

Todo este conjunto de factores ha modificado las condiciones que permitieron, mejor o peor, la pervivencia del pacto social de postguerra europea. Recordemos que este pacto fue, en gran medida, el fruto tanto del acumulado histórico de reivindicación de derechos, como de las condiciones del final de la segunda guerra mundial, entre las que merece la pena destacar dos: la confrontación sistémica entre capitalismo y socialismo y la acrecida importancia de los partidos y organizaciones sindicales obreras y de izquierdas.

El pacto social funcionó como un gran acuerdo de apaciguamiento de la confrontación de clases y se instituyó como un modelo de convivencia, un nuevo contrato social que favoreció un importante ciclo económico expansivo y, sobre todo, perspectivas razonables de prosperidad y seguridad para la mayoría de la sociedad. Por vez primera en la historia, estaba al alcance de una mayoría pensar en el ciclo vital con una cierta estabilidad y confianza. El futuro ya no era, necesariamente, una amenaza. En palabras de Tony Judt<sup>1</sup>: *“¿Qué legaron la confianza, la tributación progresiva y el Estado intervencionista a las sociedades occidentales en las décadas que siguieron a*

---

<sup>1</sup> Judt, Tony (2010), *Algo va mal*. (segunda edición), Editorial Taurus, Madrid. Página 77.

*1945? La sucinta respuesta es seguridad, prosperidad, servicios sociales y mayor igualdad en diversos grados”.*

Esta articulación de prosperidad y certidumbre, generó un vínculo muy intenso entre democracia y economía. Esta relación dimensionó la intervención de la política en la economía con la voluntad de favorecer procesos de redistribución de riqueza con una perspectiva claramente igualitarista.

Esta vinculación de la democracia con el progreso social no era nueva. De hecho, ese nexo se construyó históricamente fruto del conflicto social protagonizado por el movimiento obrero o el movimiento feminista, entre otros. Las tradiciones de base obrera, feminista, republicana y marxista reivindicaron una democracia sustancial y con capacidad para mejorar las condiciones de vida de la mayoría, frente a la propuesta elitista o liberal de reducir la democracia a la elección de los que vayan a gobernar durante cuatro años y frente al deseo de acentuar la separación entre política y economía, de manera que la democracia sea un asunto de ciudadanía al margen e independiente de consideraciones económicas, sociales o de bienestar. Con una idea sustancial de la democracia, la política y su gestión deben ser puestas al servicio de garantizar sociedades del bien vivir para toda la población.

La virtud de las “décadas doradas” del estado del bienestar, más allá de legítimas críticas, es que consolidó esa tradición, le dio un sentido y le ofreció un marco institucional y político en el que verse proyectada.

Se construyó así ese triángulo virtuoso de la democracia que relaciona de modo responsable las instituciones con las comunidades políticas y las políticas públicas con las poblaciones. En resumen, esa idea fuerte de la democracia contribuyó a consolidar en el imaginario social la narración de una concepción de la misma fuertemente protectora y al servicio de las mayorías. Los procesos democráticos podían revertir y encauzar los signos adversos del funcionamiento del mercado sobre la base del control político que las instituciones estatales realizaban, de manera efectiva, sobre la mayoría de los flujos económicos significativos.

## **2.1. Hiperglobalización y crisis económica: el fin del contrato social socialdemócrata**

El proceso de hiperglobalización ha permitido revertir la situación en todos los órdenes y ha justificado la voladura, más o menos controlada, del estado del bienestar y del contrato social que le estaba vinculado, por mor de las necesidades de la economía. Nada más significativo que el cambio de prioridades en la política de los estados: de la preocupación por el desempleo se ha pasado a las consignas desmedidas contra la inflación y al déficit público. Esa transferencia de prioridades, justificada por cuestiones de racionalidad económica, son, en realidad, una transferencia de poder entre sectores sociales: de la mayoría de la sociedad a una exigua pero poderosa minoría.

El desplazamiento a una esfera transnacional del espacio de decisión en el ámbito económico, junto con otros factores, ha cambiado por completo la naturaleza de los estados, con consecuencias sustanciales para ese contrato social que había presidido hasta ahora la vida de nuestras sociedades.

Es sabido que ese estado de bonanza económica y esa posibilidad de autodeterminación política eran sólo, en realidad, predicables para un conjunto relativamente reducido de estados. Pero no es menos cierto que esa perspectiva política y social se convirtió en un objetivo, además de un deseo, para la inmensa mayoría de los países y de las poblaciones. Mediante este modelo de convivencia y este contrato social, Europa se convertía en un referente y en un modelo frente a Estados Unidos, una vez que el socialismo real se mostró como una alternativa inviable o indeseable o las dos cosas. Tras la caída del muro de Berlín y la implosión del modelo, no había más que un gran paradigma en competencia con dos alternativas: el modelo de capitalismo anglosajón, desregulado y salvaje, y el modelo europeo de capitalismo embridado y democráticamente controlado.

Los empeños por desmontar el estado de bienestar europeo llevan tiempo en la agenda política de los poderes financieros y, de hecho, se han ido produciendo cambios que modificaron sensiblemente el contrato originario. Pero sólo con la aparición de la actual crisis económica se ha escenificado de forma dogmática la idea de que el contrato social del estado del bienestar es insostenible e “irreproducible”.

Las dos últimas décadas han erosionado y debilitado ese gran acuerdo de convivencia e integración económica y política hasta hacerlo casi irreconocible. Mientras las crisis del sistema financiero sucedían en la periferia, fue posible para las mayorías de nuestras sociedades seguir imaginando o bien que los incendios iban a ser controlados o bien que, pasados algunos momentos de incertidumbre, era pensable regresar a la situación anterior. Ahora la realidad se ha hecho evidente.

La crisis ha tenido un efecto devastador sobre el imaginario de un proceso democrático con capacidad de controlar las decisiones económicas, pero también sobre la perspectiva de un progreso económico en el que las lógicas inclusivas deben predominar sobre las de exclusión. Los datos sobre el incremento de la desigualdad en los últimos 30 años son demoledores.

Según la OCDE<sup>2</sup> en su informe *Seguimos divididos: ¿por qué la desigualdad sigue aumentando?*, publicado en diciembre de 2011, la diferencia entre ricos y pobres ha alcanzado su nivel más alto en 30 años. Los ingresos medios del 10% más ricos es ahora cerca de nueve veces mayor que los del 10% más pobre en toda la OCDE.

La brecha de ingresos ha aumentado incluso en los países tradicionalmente más equitativos, como Alemania, Dinamarca y Suecia, del '5 a 1' en la década de 1980 hasta el '6 a 1' de hoy. La diferencia es de '10 a 1' en Italia, Japón, Corea y el Reino Unido, y aún mayor, de '14 a 1' en Israel, Turquía y EEUU. En Chile y México, los ingresos de los más ricos siguen siendo más de 25 veces superiores a los de los más pobres, los más altos de toda la OCDE. En España la diferencia se acerca al '12 a 1'. Entre los países de la Europa de los Veintisiete, solo Letonia, Lituania y Rumanía superan a España en disparidad de rentas.

---

2

[http://www.oecd.org/document/51/0,3746,en\\_2649\\_33933\\_49147827\\_1\\_1\\_1\\_1,00.html](http://www.oecd.org/document/51/0,3746,en_2649_33933_49147827_1_1_1_1,00.html)

La desigualdad de ingresos es mucho mayor en algunas grandes economías emergentes fuera de la zona de la OCDE. De '50 a 1' es la diferencia de ingresos en Brasil, que sigue siendo muy superior a la de muchos otros países, aunque ha ido disminuyendo de manera significativa durante la última década.

Más informes ayudan a aquilatar el significado de lo que está ocurriendo y sus consecuencias en todos los órdenes. En el Informe de la OIT (Oficina Internacional del Trabajo): *Desigualdades en el trabajo durante la crisis. Testimonios de Europa*.<sup>3</sup> se dice “Los datos obtenidos sobre países europeos muestran que la crisis ha agravado las desigualdades existentes y que determinadas categorías de trabajadores se han visto más afectadas que otras”. Las razones de estas desigualdades hay que buscarlas en la contratación temporal que ha funcionado como un amortiguador del empleo -el 90% de los desempleados tenían contratos temporales-, los recortes salariales y el crecimiento de los empleos con bajo salario. Según el Informe un 40% de los empleados declaran dificultades para llegar a fin de mes. Este dato –junto con otros- dan testimonio del acercamiento del modelo laboral europeo al estadounidense, con la aparición del *working poor*, del trabajador pobre, del empleado incluso a tiempo completo, pero cuyo salario no le permite asegurar su supervivencia en condiciones dignas.

El Informe plantea que: “En Europa más que en otras regiones, la combinación de medidas de estímulo, subsidios para preservar la inversión y la estabilidad laboral, y diálogo social, han ayudado a limitar los efectos de la crisis en el empleo y en la cohesión social”. Comprobar que los paquetes de medidas de reforma de los mercados laborales van en la dirección contraria, nos permite entender mejor el sentido ideológico de estos cambios y nos reafirma en la idea de que las modificaciones serán irreversibles en la esfera económica y del trabajo. Van claramente en contra de lo que había sido hasta el momento el pacto que aseguraba el contrato social de la postguerra.

El Foro Económico Mundial considera que los desajustes fiscales crónicos y la grave disparidad de ingresos serán los riesgos con mayor predominio en los próximos 10 años en la economía global, amenazando el crecimiento a nivel mundial, según señala en su Informe “Riesgos Globales 2012”.<sup>4</sup>

El número de pobres en España crece por el desempleo y los bajos ingresos. El recorte en un 4,4% de los ingresos medios de los hogares en 2010 incrementan el número de personas con pocos recursos. Crece el porcentaje de españoles que vive por debajo de la línea de pobreza, que llega hasta el 21,8%.

Es el dato provisional de la Encuesta de Condiciones de Vida 2011, publicado por el Instituto Nacional de Estadística (INE), que considera pobre a aquel que vive con ingresos inferiores al 60% de la mediana. Hay menos dinero en casa de los españoles. El ingreso medio anual por hogar lleva dos años

---

<sup>3</sup> [http://www.ilo.org/global/publications/ilo-bookstore/order-online/books/WCMS\\_159594/lang--es/index.htm](http://www.ilo.org/global/publications/ilo-bookstore/order-online/books/WCMS_159594/lang--es/index.htm)

<sup>4</sup> <http://reports.weforum.org/global-risks-2012/>

bajando. El correspondiente al último ejercicio cerrado (2010) quedó en 24.890 euros, un descenso del 4,4% respecto a la última encuesta, y la media por persona bajó hasta los 9.371 euros, un 3,8% menos.

Es interesante señalar que cuando la OCDE quiere explicar el origen de este salvaje incremento de la desigualdad, exculpa a la mundialización pero culpa a las políticas domésticas y a las reformas institucionales realizadas bajo la presión de la globalización. No es fácil añadir nada más a la evidencia de un comentario tan sesudo. La OCDE reconoce, eso sí, que las reformas normativas producidas en el mercado de trabajo han posibilitado que más personas accedan a un empleo con bajos salarios y que, esa situación, ha repercutido en el incremento de la desigualdad.

La misma OCDE ofrece un ejemplo enormemente sugerente de interpretación de la relación entre economía y política en el nuevo contexto. En su Informe de octubre de 2011, *Perspectivas OCDE: España, políticas para una recuperación sostenible*, defiende que “la reforma constitucional, (se refiere a la inclusión constitucional del artículo 135 que sanciona el compromiso de España con la limitación estructural del déficit público), es un ejemplo de liderazgo y responsabilidad para tomar la iniciativa frente a los mercados y lanzar una señal clara e inequívoca de disciplina presupuestaria a largo plazo”.

*El resumen hasta aquí es que la combinación de globalización y crisis económica ha construido una nueva economía con un impacto demoledor sobre las viejas prerrogativas de los estados y sobre las condiciones para hacer posibles democracias de calidad. Desde el año 2008, además, la aguda crisis económica ha evidenciado el fin del pacto social de postguerra. La alteración de las condiciones que lo aconsejaron en su tiempo hace ahora innecesario ese pacto para las clases dominantes y plantea el interrogante sobre la actitud de las clases subordinadas y/o dominadas.*

Los cambios tectónicos que estamos viviendo han sido posibles por la combinación de varios factores: cambios económicos; cambios tecnológicos muy significativos; la articulación de un bloque social y político que los ha promovido y defendido; el apoyo activo y/o pasivo de las nuevas clases medias emergentes y de parte de las viejas clases medias, más vinculadas al modelo de *welfare state*; cambios normativos que o bien han modificado la constitución material de nuestros modelos democráticos o bien han provocado transformaciones de amplio calado. Por último, en este período se ha consolidado un sentido común perverso, una racionalidad política dominante, que ha ofrecido una cobertura ideológica y moral plausible para los cambios.

## **2. ¿Una tormenta perfecta para la contestación social? ¿En qué dirección?**

El 15 y 16 de septiembre de 2008 son fechas emblemáticas en la visibilización de la crisis económica y su magnitud. Esos dos días vieron la quiebra de Lehman Brothers y la práctica nacionalización de AIG. La compañía de servicios financieros más grande del mundo y la compañía de seguros más grande del planeta quebraban iniciando una sucesión de acontecimientos en cadena que mostraban al mundo la fragilidad del sistema financiero y la

enorme cantidad de mentiras y trampas sobre las que se había montado el entramado económico de aparente éxito en los años anteriores. “Es el momento en que descubrimos que el sistema es extremadamente corrupto; un sistema que remunera generosamente a quienes lo controlan y evalúan, y distribuye unos indecentes beneficios entre los responsables de los desastres”.

Las señales manifiestas del desastre que se avecinaba comenzaron en junio de 2007, con el anuncio por parte de Bear Stearns de la quiebra de dos *hedge funds* especializados en inversiones en subprime. Esa palabra endemoniada ha pasado a formar parte de nuestra realidad de un modo que no podíamos ni imaginarnos y ponía de relieve la financiarización de nuestra economía y su enorme fragilidad.

Se hacía manifiesta la centralidad del sistema financiero en todo el sistema económico y la capacidad de la globalización para amplificar las consecuencias de la economía de casino organizada alrededor del predominio de este sector económico sobre el resto. También se hizo evidente que los beneficios que mueven el mundo ya no se producen en la economía real –la de la producción y los servicios- sino en las finanzas, en la especulación con recursos ajenos a través de una sofisticadísima gama de productos que reparten los riesgos en la economía mundial. La base de este mundo es una entelequia más parecida a un fraude que a otra cosa. Su ruindad no crea riqueza y sólo está destinada a generar cuantiosos beneficios para los administradores y ejecutivos de los bancos y empresas financieras diversas. La economía financiera global ha funcionado con un esquema similar al de la pirámide de Ponzi. Una arquitectura fraudulenta que basa su engaño en las importantes retribuciones que produce a los incautos inversores al comienzo del proceso y que termina por esquilmar los patrimonios con una rapidez inversamente proporcional al tamaño de la pirámide. Este desplazamiento del capitalismo productivo al financiero es el que nos ayuda a entender lo ocurrido en la economía mundial en los últimos treinta años y cuya crisis padecemos hoy con unas consecuencias todavía imprevisibles.

Se trata, sin duda, de la mayor crisis económica de los últimos 80 años y aún no ha tocado fondo. Peor aún, no es que sea complicado adivinar cuando comenzará la recuperación, sino que es difícil imaginar que significará exactamente eso y sus consecuencias para el empleo y el bienestar. Los procesos de desigualdad que ya estaban presentes y que se pudieron constatar en el período de esplendor de la globalización financiera se han mantenido y agudizado durante la crisis. Al mismo tiempo, los compromisos de pago de la deuda soberana y la adquisición de préstamos para impedir la quiebra del Estado están implicando en Europa –especialmente en algunos países- unos sacrificios que se han llevado por delante las mejoras y derechos conseguidos después de décadas de conflictos y reconocimientos. Los partidos de la derecha europea y estadounidense han planteado la salida de la crisis en términos dilemáticos: o trabajo o derechos. Las dos cosas ya no son posibles.

Las reformas acometidas hasta ahora han contribuido al deterioro de los servicios públicos y sus prestaciones universales; a la privatización o semiprivatización de lo que quedaba en manos del sector público en el ámbito productivo y a un retroceso en la práctica de derechos adquiridos, especialmente en el ámbito laboral, con una especial incidencia sobre el papel histórico de los sindicatos.

Aunque la escenificación más visible de este camino hacia la desigualdad se ha producido después de 2008, se trata, en realidad, del mismo proceso de economía antisocial que venía realizándose con anterioridad. No se trata de respuestas obligadas por una situación difícil. Parece más bien que el impacto singular de esta quiebra y de la economía del pánico que se ha adueñado de las sociedades está sirviendo para apurar la lógica de desregulación y flexibilización que se ha pretendido imponer desde hace años. En este caso el miedo y la situación de excepcionalidad contribuyen a producir ese efecto shock en las poblaciones que paraliza sus capacidades de comprensión y de resistencia.

Esta ejecución implacable de un plan previamente concebido, junto a la indiferencia ante las posibles acciones de las víctimas, es lo que más llama la atención en la gestión de la crisis económica por parte de las elites económicas y políticas. El estado de ánimo con el que juegan tiene dos componentes que merecen la pena ser destacados en este momento: el uso del miedo como regulador social y su legitimación como poder opaco después de los cambios que se produjeron tras el atentado contra las torres gemelas.

Pero esta crisis tiene algunas características que la hacen singular. Si los cambios que se están llevando a cabo en prácticamente todos los ámbitos se consolidan, estaremos viviendo la mayor modificación de nuestras condiciones sociales y políticas de la historia reciente. No se trata de urgencias coyunturales. Aunque las cosas mejorasen en un futuro próximo, existe una voluntad manifiesta y explícita por parte de las clases dirigente de imponer de una nueva realidad y unas reglas de juego amañadas a su favor.

Es la primera vez en nuestra historia europea que una crisis global se salda con un retroceso tan monumental en derechos. La retórica neoliberal del sacrificio se ha convertido en una justificación para considerar como privilegios inaceptables, en situación de excepcionalidad, los derechos adquiridos tras décadas de conflictividad social.

Lo que la gestión de clase de esta crisis está quebrando es el paradigma que el estado social confirmó: la consolidación del control público sobre la economía. La agresión financiera que vivimos es importante porque el contrato social de nuestra modernidad se ha construido alrededor de este eje y del convencimiento de que el mejor mercado, el mercado que mejor funciona, es el mercado regulado y embridado. Ahora se ponen en peligro muchas aspiraciones legítimas: la inclusión económica; el trabajo como institución central en la adquisición de ciudadanía política; una lógica progresiva de bienestar con servicios públicos universales y accesibles; un imaginario democrático fuertemente comprometido con la reforma social y la mejora de las condiciones de vida para la mayoría.

Pues bien, esto es lo que la gestión de la crisis se está llevando por delante y con ello las condiciones que hicieron posible dos cosas: un largo período de estabilidad económica en nuestras sociedades y un largo período, igualmente, de estabilidad política y de reconocimiento de los cauces democráticos para la resolución de los conflictos.

La fractura del contrato social de la modernidad y su sustitución por una nueva contractualidad neoliberal tiene varias implicaciones. En primer lugar, si el contrato social anterior había sido el resultado histórico de un compromiso

más o menos equilibrado entre diferentes actores e intereses en pugna, el nuevo contrato social emergente es el resultado de una imposición de las elites frente al resto de la sociedad. Este factor fragiliza la legitimidad del nuevo contrato y amplía las zonas de incertidumbre política y de arbitrariedad de las instituciones, despegadas e “irresponsables” frente a sus ciudadanías y serviles ante las imposiciones del mercado. En este caso la globalización o la Unión Europea funcionan como coartadas que desplazan la responsabilidad de las decisiones.

En segundo lugar, la nueva contractualidad neoliberal amplía los criterios de exclusión. Si el viejo contrato social excluía a la naturaleza, a todos los que no eran considerados ciudadanos y todo aquello que no podía ser sujeto a mercantilización (y, por tanto, objeto de un contrato), el actual modelo amplía dramáticamente el ámbito de exclusiones. Se amplían la desregulación, el ámbito de lo no civilizado, las fronteras de lo salvaje y el número de realidades y valores que no deben ser incluidos en ninguna fórmula contractual. La quiebra de la institución laboral como generadora de ciudadanía provoca una disminución de las capacidades políticas para una parte creciente de nuestras sociedades que ven así mermados sus derechos y su condición de individuos iguales en el escenario político. La simbiosis creciente mercantilización+despolitización ha privatizado y excluido de las instituciones reguladoras del contrato social una gran parte de los conflictos contemporáneos, no solo aquellos estrictamente privados, sino también una buena parte de los que antes eran considerados conflictos claramente políticos. Una consecuencia de este último elemento es la creciente judicialización de la cotidianidad, resultado de la privatización de los conflictos y su desplazamiento del ámbito público (político) a un ámbito privado (mercantilizado y sujeto a exigencias contractuales, por tanto).

En tercer lugar, nuestros sistemas políticos aparecen cada vez más sometidos a una lógica retórica, en la que se articulan instituciones sólo formalmente democráticas que, debido a su carácter hueco y su debilidad, facilitan un incremento del fascismo social a través de diferentes vías.

La condición débil de nuestras democracias ha sido profusamente mostrada y demostrada desde el punto de vista teórico. Pero importa ahora destacar que la conciencia popular de esta debilidad democrática ha sido un factor decisivo en la emergencia de fenómenos como el 15M. La crisis, como acelerador del compuesto político creado por la globalización, ha roto las expectativas democráticas, la fe en el funcionamiento de las instituciones existentes. Se duda de ellas porque no le aseguran a las poblaciones el control social de las cuestiones más trascendentes para su vida cotidiana. La fortaleza y aceptación popular de nuestros sistemas democráticos dependía hasta ahora de la capacidad de dotar de contenidos sustantivos a sus procedimientos formales. Es esta capacidad la que se ve asediada por la lógica implacable de los mercados y sus requerimientos a la política y a las instituciones.

Los resultados de las elecciones ya no garantizan una representación fidedigna de los conflictos sustantivos en el seno de la comunidad política. Tampoco los actores están en condiciones de garantizar consecuentemente el cumplimiento de sus programas. El voto pierde así mordiente democrático y no sirve para mucho más que para permitir un procedimiento participado de elección de los gobernantes. Las elecciones son la feria de mercado en la que



se subastan promesas y se elige a la elite política que gestionará los asuntos en periodos tasados de cuatro años.

Las dinámicas del neoconservadurismo y del neoliberalismo, con fuerte apoyo mediático, han construido un imaginario de confrontación política extremadamente agresivo. La demonización del adversario se realiza desde perspectivas muy diferentes: administrativas (incompetentes); políticas (sin proyecto); morales (indignos e indecentes); religiosas (sin dios y por tanto sin límites); éticas (favorables a la muerte de inocentes); formativo-cognitivas (iletrados, ignorantes, no están en la realidad). Y, por supuesto, identitarias (estar contra la reforma laboral o contra la política de ajustes, por ejemplo, es estar contra la patria). Cualquiera de estas perspectivas por separado, o la suma de algunas de ellas o de todas, hace inviable pensar la comunidad política en su conjunto. Resulta casi imposible imaginar unas reglas de juego que puedan compartirse, territorios constituidos para la convivencia con límites de seguridad que no deben ser sobrepasados. Está permitido hacer trampas si ese recurso facilita ganar o estafar al enemigo (nada de adversario). Que el Partido Popular haya mentido reiteradamente con el único fin de conseguir llegar en las mejores condiciones a las elecciones no ha merecido todavía ningún comentario de reprobación o crítica entre la comunidad *bienpensante* que sostiene a su elite de poder.

Junto a esto, encontramos la pérdida de empatía de las clases dirigentes respecto a la suerte del conjunto de la ciudadanía. El estado del bienestar construyó una relación “necesaria” entre los de arriba y los y las de abajo a través, básicamente, de la ampliación de la democracia, la universalización de los servicios y la justificación moral de la política fiscal. La privatización producida de manera consciente por el neoliberalismo, más el discurso que responsabiliza a cada individuo singular de su propia suerte, ha liberado a las clases dirigentes de cualquier responsabilidad moral ante el devenir de sus sociedades. Una religión dócil con los poderosos ha completado la autojustificación para los despropósitos y para un estilo de vida que parece insultante frente a los sufrimientos de la mayoría. La indiferencia ante el sufrimiento ajeno es un valor en alza para los que deciden. Las asombrosas diferencias de sueldo entre los ejecutivos y sus trabajadores son también una muralla ética. El neoliberalismo ha estigmatizado a los perdedores e invisibilizado a los pobres. Esta situación es la que ha permitido a Warren Buffet, multimillonario norteamericano cuya fortuna se estima en 52 mil millones de dólares, afirmar que: “se ha desatado una auténtica guerra de clases y la van ganando los míos”. Y esta es también la situación que explica que directivos, cuya gestión es directamente responsable de millones de pérdidas en sus empresas, sigan al frente de las mismas embolsándose suculentos salarios y bonificaciones extras, sacados directamente de los fondos de rescate pagados desde el erario público.

El uso de la reserva de legitimidad democrática de las instituciones para imponer las decisiones previamente tomadas y al servicio de las exigencias de los mercados devalúa el contenido mismo del procedimiento democrático y rompe ese eslabón cívico entre la democracia y el bienestar que posibilitó una convivencia más o menos equilibrada en regímenes estables e inclusivos.

El deterioro de la legitimidad democrática está en el corazón de la crisis de representación que minimiza el papel de la política y la somete a los

dictados de fuerzas en la periferia del sistema político. Y es un factor explicativo importante para entender las demandas de repolitización y redemocratización que se han mostrado desde el 15M.

El ascenso del fascismo social es la otra cara de ese deterioro de la cultura democrática y de la emergencia de poderes salvajes que imponen una lógica de exclusión en determinadas áreas. Fascismo social es el mantenimiento de una estructura formalmente democrática, pero basada en prácticas institucionales y políticas que vacían de sentido el contenido material democrático de las constituciones. Cuando hablamos de contenido material democrático hablamos de la apropiación social de poderes facilitada por el sistema democrático. La aparición de esas formas de fascismo social, de exclusión y expulsión del contrato social, deja la constitución reducida a un cascarón formal, frágil y manipulable.

Si observamos el uso del poder por parte del Partido Popular, veremos todos los ingredientes relacionados con un régimen: capitalismo de amiguetes; colonización privada de intereses públicos; amoldamiento del estado de derecho a intereses particulares; destrucción de las instituciones y de sus reglas de funcionamiento (véase el poder judicial en España, por ejemplo); uso sin límites de los medios de comunicación; perversión del sistema de representación mediante leyes electorales creadas ex profeso (Italia o Grecia como ejemplo)...

Es una situación de excepción de la que no hay que excluir salidas neautoritarias. La propuesta de soluciones “técnicas” supuestamente representadas por “hombres de bien” de probada reputación y solvencia intelectual es, en realidad, el penúltimo baluarte defensivo de las clases dirigentes frente a las acometidas democráticas y demandas ciudadanas. Lo siguiente es la quiebra democrática definitiva en alguna de sus formas conocidas o por inventar.

Una variante de este ataque a la política democrática está en la extensión de una desconfianza generalizada hacia la política. No hace falta decir que la política, en general, necesita ser replanteada y refundada, de alguna manera. Pero para los y las de abajo La Política (con mayúsculas) es el único lugar en el que hacer visibles y negociables sus intereses. La estigmatización de la política, impulsada desde el poder tiene dos objetivos: consolidar el mercado y su amoralidad como institución reguladora de la vida social; desplazar al ámbito individual la resolución de los conflictos colectivos. Este desplazamiento, que convierte a los parados en perdedores y a los pobres en vagos y maleantes, necesita, además, de expulsar de la vida pública a los partidos políticos, organizaciones sindicales y movimientos sociales. Los de arriba no necesitan de estas organizaciones o no en la misma manera que los y las de abajo. Recordemos que la crisis de la representación política, es una crisis asimétrica: se expresa como crisis de subrepresentación para la mayoría y de sobrerepresentación para la minoría.

### 3. ¿Y en España, qué?

El gobierno del PP ahora, y también el del PSOE con anterioridad, se han sumado a esta lógica de excepción que está consolidando un mundo inhabitable y peor para la inmensa mayoría. Aún con todo, el PP ha ido mucho más allá de lo que podría imaginarse. Sus promesas electorales y la gestión del tiempo político hizo pensar que habría una cierta contención en el programa de recortes y algunas líneas infranqueables en la lógica del ajuste duro.

Pero esta derecha sin complejos, tenía decidido usar la ocasión que se le presentaba –la crisis económica como gran excusa- para llevar adelante su programa de máximos. Su objetivo: el desmantelamiento completo del estado social y su sustitución por un estado asistencial y caritativo mínimo. Una especie de red de seguridad para los pobres, inmigrantes y fracasados, según la narrativa dominante. La utopía neoliberal de un mundo y una sociedad reguladas por el mercado está a punto de convertirse en una apocalíptica realidad para las mayorías.

Pero como vemos cotidianamente, el objetivo de la derecha es tanto el estado social y los derechos sociales como un modelo de democracia que incluya la posibilidad de un cambio social desde las instituciones mismas. La democracia liberal, con todas sus limitaciones e insuficiencias, se ha convertido en un problema irresoluble para este 1% que nos gobierna y sus representantes. En nuestro país, como en otros, junto al descrédito de la política, aparece con fuerza la impugnación del estado de las autonomías. No es que este estado no pueda y deba ser criticado, no es que no puedan y deban acometerse reformas profundas que recuperen la sensatez y la cordura en la gestión política de las diferencias y de los similitudes. Pero la impugnación tiene más que ver con las capacidades de “gobrnó próximo” que el estado de las autonomías puede ofrecer y de control popular y público de los asuntos comunes. El mantra de la subordinación a la economía y sus dictados necesita eliminar todos los límites a su afán de conquista y control. Por eso los poderes locales y autonómicos son vistos como un obstáculo a sobrepasar.

La amalgama de fuerzas que dan sustento en España a este programa brutal de contrarreformas incluye tanto a la elite globalizada y cosmopolita que ve sus intereses en un mundo sin fronteras, como a la casposa realidad de esa España profunda reflejada por los Fabra (incluimos a su hija), los Camps, los personajes como el Pocero, Gil y Gil y tantos otros que reactualizan el odio de clase y el desprecio que los de arriba siempre han sentido por los y las de abajo. En esta sopa política e ideológica juega un papel esencial la Iglesia Católica que ha abandonado cualquier recuerdo de sus vínculos con la teología de la liberación (la Iglesia de los pobres), y se ha sumado gustosa a este carnaval de los ricos y pudientes, ejerciendo el papel de santificador y justificador moral de la fiesta.

Es importante entender esta diversidad para no confundir la pluralidad de voces con una cacofonía exenta de sentido. La elite globalizada pone el proyecto y algunas caras, el resto acompaña con su ritual y su cultura este dominio de los intereses de una minoría internacionalizada.

Hay que decir que una parte sustancial de la responsabilidad por lo ocurrido recae en la socialdemocracia y sus políticas. Su manera de afrontar la construcción europea ha estado marcada por una grave irresponsabilidad ideológica. Su acomodo en España al sistema bipartidista de turnos facilitado

por una ley electoral manipuladora ha favorecido la complicidad con las elites y ha ayudado a imponer paulatinamente el programa neoliberal, conduciendo a una parte muy numerosa de las clases medias y a los sectores populares a la cultura del mercado y la insolidaridad. En los últimos años, el proyecto Zapatero fue un *No proyecto*, la ausencia de cualquier perspectiva de país y de desarrollo. Fue un ir gestionando un período de bonanza con algunas medidas redistributivas y cierta sensibilidad social. Pero una vez las cosas comenzaron a torcerse se hizo evidente la ausencia de una idea propia sobre como reivindicar la política y la economía en un mundo global desde una sensibilidad de izquierdas. Ninguna alternativa al sistema en la alternancia bipartidista heredada de Felipe González. La elección de Alfredo Pérez Rubalcaba como nuevo secretario general del PSOE consolidó esta pertenencia de la cúpula dirigente socialista a las élites.

Su sumisión incondicional a los dictados de Bruselas y el convencimiento propio de que no se podía hacer otra cosa, han lastrado y lastrarán la credibilidad del PSOE durante mucho tiempo. Pero, sobre todo, han sido un duro golpe para las gentes de izquierdas. Millones de personas se sintieron abandonadas y huérfanas de cualquier referente en un momento en el que era imprescindible una voz de izquierdas que ayudara a entender lo que estaba ocurriendo y que propusiera algo diferente a lo que exigían con arrogancia los mercados. Un elemento esencial que ha favorecido esta impresión de que PSOE y PP son caras diferentes de la misma moneda, ha sido la política bipartidista. Esta política se ha visto impulsada y favorecida por el sistema electoral que desfiguran la representación política hasta hacerla irreconocible. Pero la política bipartidista va más allá de eso: es la consolidación de una cultura política que excluye la diferencia y reduce el debate político y la posibilidad de alternativas a lo que dicen "Ferraz o Génova". En este empobrecimiento cultural y político han jugado un papel destacado algunos medios de comunicación, que se han contribuido gustosamente a esta exclusión de lo diverso y a esta marginalización de lo que hoy no es mayoritario.

En la historia del PSOE pesará esta sumisión incondicional a los poderes dominantes y este abandono de los sectores populares. Será bueno no olvidarlo. Pero creer que esta realidad supondrá el fin de la socialdemocracia es ir demasiado lejos. Hay buenas razones para creer que la presencia de una cultura reformista en nuestras sociedades subsistirá durante largo tiempo. Y que, de igual manera, hay una tradición política en nuestro país que sigue diferenciando a PSOE y PP en el eje izquierda y derecha por más que esta diferencia, a veces, no sea nada evidente. Pero es verdad también que la crisis de la política y de la representación se llevará por delante el actual sistema de partidos. Y que en este tsunami político que ya estamos viviendo nada es definitivo y nada está asegurado.

La crisis y sus repercusiones electorales ya han desmentido la arrogante idea de algunos sectores de izquierdas de que la agudización del conflicto social provocado por la situación económica traería por sí misma una emergencia imparable de las sensibilidades anticapitalista en sus diferentes versiones. Ha sido y sigue siendo una simplificación peligrosa que le hace el juego a la derecha política y social. La dimensión de la crisis en el contexto de la globalización, los cambios producidos en los sectores populares y el dominio

hegemónico de un sentido común claramente neoconservador abren más bien la puerta en este contexto a opciones neopopulistas cuando no abiertamente fascistas. Cada momento histórico es único e irrepetible, pero si hay alguno al que nuestro tiempo recuerda es la época de Weimar, la época de ascenso de los fascismos. Fue también la época en la que la izquierda se confrontó con mayor virulencia como si los mayores enemigos estuvieran en su misma trinchera. No olvidemos este periodo histórico y no olvidemos tampoco las conclusiones que se derivan del análisis que compartimos. La crisis económica es una crisis sistémica, una crisis del funcionamiento del capitalismo en su conjunto. Si conseguimos elaborar una oportunidad para intervenir, para convertir este malestar en una propuesta política, será porque sepamos unir a todos aquellos sectores castigados por la gestión suicida de ese 1% de la población convertido en élite avariciosa. Se trata de convocar a los maltratados por la injusticia, los trabajadores, las clases medias, los jóvenes, las mujeres, los conflictos ecológicos, la inmigración y el multiculturalismo... y tantos otros vectores imprescindibles para dar perspectiva y sentido a nuestra acción política.

Existe, además, un riesgo real de que la contestación popular a las medidas de recorte y de expolio del patrimonio público signifiquen una demanda de autoritarismo por parte de las clases dirigentes. En esta idea tecnocrática de que *hay que hacer en economía, lo que hay que hacer*, empiezan a aparecer con fuerza discursos que criminalizan la resistencia y la oposición. Recordemos que en la convocatoria de Huelga General se escucharon reconocidas voces que acusaban de traidores a todos/as aquellos/as que defendíamos y promovíamos la Huelga General. En este esquema, la democracia es un obstáculo y puede ser un inconveniente.

Por eso el objetivo de la izquierda alternativa debe ser, y este es el proyecto de Izquierda Abierta, configurar una nueva mayoría social que haga consciente a las clases medias y los sectores populares de las razones de su precariedad en la realidad europea actual. Se trata de crear en España un nuevo sujeto y un nuevo discurso político que rompa para la izquierda alternativa la dinámica sistemática de ser una minoría testimonial o el refugio coyuntural de los votos perdidos por el PSOE en el desgaste de sus etapas de gobierno.

## UNA REFLEXIÓN SOBRE LA UNIÓN EUROPEA

Esta es la meditación en la que conviene integrar a la Unión Europea, el espíritu que debemos llevar a sus instituciones. La UE podría haber jugado un papel destacado en la recuperación de la política. Probablemente, si se hubiesen tomado en este espacio decisiones dispuestas a orientar las políticas nacionales en una dirección claramente crítica con el sistema financiero y su lógica de casino, las poblaciones habrían encontrado un referente que recuperase una posibilidad de intervención en la nueva realidad. Creo que incluso ante la evidencia del dramático déficit democrático de la UE, se podrían

haber imaginado procedimientos que restituyeran la dimensión política a las sociedades europeas. Lejos de esto, la UE ha formado parte de los problemas que han incrementado la desafección a la política. Podríamos destacar su protagonismo en la troika institucional (formada por la Comisión Europea, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo) que ha impuesto draconianos programas de ajuste en Grecia, Portugal, Irlanda y ahora España. También las decisiones de los órganos estrictamente comunitarios, subordinados a una estructura de decisión intergubernamental que impone su ritmo y decisiones al resto de países en función de exigencias nacionales y de clase, no europeas ni populares.

Estos factores han contribuido al menos a dos cosas: la primera, más relacionada con lo que nos ocupa, es que la intervención de la UE y la convicción de que esta institución forma parte del conglomerado que gestiona la crisis a favor de los intereses de una minoría, no ofrece perspectivas de que la crisis pueda tener una salida diferente desde las actuales instituciones. La UE participa de la lógica que alimenta la desconfianza hacia la política.

La segunda cuestión es que la politización de la UE se realiza de la peor manera posible. Las instituciones comunitarias ni siquiera se muestran como un territorio neutral en condiciones de ser usado en una u otra dirección política. Lejos de eso, la UE se compromete decididamente con la versión más *hard* de la gestión de la crisis económica. Su intervención vergonzante en las elecciones griegas ha dejado un poso profundo de desconfianza en este proyecto para muchos años. Los datos avalan esta caída de la confianza que las poblaciones europeas han mostrado hasta ahora respecto al proceso de integración, y al calor de esta desconfianza crecen propuestas neopopulistas que promueven un repliegue sobre "lo nacional". Pero esto es un mal camino para los sectores populares. Necesitamos el proyecto de integración europea, pero NO este proyecto.

Compartimos las reflexiones realizadas en el último encuentro del Partido de la Izquierda Europea:

*Las Izquierda Europeas repiten una vez más su convicción de que sólo la sumisión del sector de la Banca bajo el control democrático y público; y bajo la transformación radical de la arquitectura neoliberal de la Zona Euro y de la UE, permitirán otra forma de salida a la crisis.*

*Todas las herramientas existentes y las nuevas -Presupuesto de la UE, las instituciones financieras, el sistema bancario- deben ser democráticamente controladas y orientadas a un nuevo tipo de crecimiento. Este es el objetivo de nuestra propuesta para la creación de un control democrático del Banco Público Europeo para el desarrollo social, la ecología y la solidaridad, las cuales financiarán las inversiones públicas en investigación y desarrollo, servicios públicos, infraestructuras y en la transición ecológica. Este banco será financiado por un "impuesto a las transacciones financieras", el presupuesto europeo y por el BCE los cuales pueden crear dinero.*

*También es el momento para impulsar el empleo y facilitar las inversiones públicas, incrementar los salarios, organizar una redistribución del ingreso entre capital y trabajo, y aplicar un impuesto como consecuencia de los altos ingresos y la riqueza, en lugar de promover constantemente la rentabilidad del sector financiero.*

Es clave para Izquierda Abierta incluir Europa en nuestros planes, propuestas y proyectos. La crisis, pero sobre todo las alternativas a la crisis, deben tener una dimensión europea. Los estados nacionales pueden y deben hacer mucho y en una dirección opuesta a lo que se está haciendo hasta ahora, pero la reconstrucción del estado social, el fortalecimiento de los estados de derecho y de la democracia debe tener a Europa como perspectiva. Pensar y defender la refundación del proyecto europeo es una exigencia para la izquierda alternativa.

Por eso, las propuestas fundamentales en relación con la construcción europea deben ser:

- Rechazo tajante y de las medidas de ajuste y de los programas de rescate. Un gobierno de izquierdas en España denunciaría los protocolos y acuerdos firmados hasta ahora, realizaría una auditoría sobre la deuda pública y la deuda externa y plantearía una nueva negociación en el marco de un programa europeo de crecimiento.
- En el corto y medio plazo y si no se acometen reformas de calado en temas fiscales, sociales y de gobierno económico de la zona euro, España debe plantearse el sentido de seguir manteniendo el euro como moneda propia.
- Una reforma radical del Banco Central en dos direcciones: cambios de su papel, objetivos y cometido; y dos, convertir este banco en una institución responsable políticamente.
- En el medio plazo acometer la refundación del proyecto europeo.

#### **4. La política no puede ser igual después del 15M**

Sin duda el 15M expresa muchas cosas y algunas contradictorias. Pero lo más importante y destacable desde una perspectiva de izquierdas es que ha politizado el malestar contra la crisis y ha evidenciado dos cosas: en primer lugar, la impostura de que lo que se está haciendo es lo único posible; en segundo, que el rechazo a la gestión de la crisis era también un rechazo a la política tradicional y a sus rutinas y prácticas. Su denuncia ha venido acompañada de prácticas alternativas intensamente democráticas e integradoras. Y, con ello, se ha señalado un camino que puede y debe ser transitado por la izquierda alternativa para hacer de sus prácticas un referente de política renovadora y de sus discursos una oportunidad para sumar a las mayorías a nuestro proyecto de cambio social.

No pretendemos ni queremos ser el ala izquierda del sistema, queremos cambiar el sistema.

El 15M nos han enseñado que son posibles, además de deseables, prácticas intensamente democráticas en las organizaciones. Estas prácticas pueden y deben ser inclusivas. Pueden imaginarse fórmulas que faciliten el enriquecimiento a través de la diferencia y no la búsqueda de la homogeneidad a través de la regla de la mayoría. Hemos aprendido que había otros temas en la agenda y que la política de la izquierda alternativa necesita sentir como

propio -no sólo en los programas teóricos, sino en el compromiso emocional- el dolor de los de abajo, sus preocupaciones y angustias. También sus anhelos. El 15M ha puesto de manifiesto que las nuevas generaciones exigen como condición natural de relación la igualdad y la horizontalidad. La idea de jerarquía basada en conocimientos exclusivos pertenece a otra época. La vieja lógica de partidos piramidales y liderazgos carismáticos es un anacronismo para una izquierda moderna que aspira a construir una sociedad distinta. Internet y las redes sociales no son una moda pasajera, son un nuevo modo de estar y ser en este mundo. Y sus condiciones de uso, horizontalidad e interacción, entre otras, son incompatibles con prácticas de nuestras organizaciones propias de otras épocas y otras referencias.

Por otra parte, el 15M ha contribuido a dinamizar la contestación pública a la gestión de la crisis. En este sentido, ha ayudado enormemente a impulsar y animar a otros actores a tomar el protagonismo que merecen. El resultado de esta confluencia de prácticas y de culturas está siendo un contexto de movilización y rechazo a la lógica de los recortes económicos como no se ha conocido en la historia de nuestro país desde la transición política.

Los sindicatos de clase –CC.OO. y UGT de manera destacada- han sido parte esencial en este proceso y deben seguir siéndolo. También lo han sido los sectores de la cultura crítica, claramente mayoritarios en nuestra sociedad. Observamos ese disgusto profundo de la caverna mediática y de la derecha rancia cuando comprueba regularmente que la cultura se posiciona sin dudarle frente a esta lógica del expolio de derechos. No por nada, algunas de las medidas económicas impulsadas por el PP les han convertido en objetivo de su intolerancia cultural. Una cultura crítica y comprometida y medios de comunicación y periodistas sensibles frente a los desmanes del poder, son esenciales para construir un nuevo sentido común que rescate la dignidad y la posibilidad de una vida digna para la mayoría.

Este espacio de contestación y de propuesta debe poder integrar aún más sensibilidades y sectores sociales. No hay nadie (salvo el indecente 1% de la sociedad) que pueda sentirse al margen de los efectos brutales de las políticas de ajuste. En este sentido, la marcha de los mineros ha sido un enorme ejemplo de resistencia y de lucha, pero también de solidaridad y compromiso de muchos sectores sociales y de protagonismo compartido del movimiento obrero y de otros movimientos sociales.

Desde IA creemos llegado el momento de organizar una gran plataforma social que agrupe a todos aquellos sectores que quieren comprometerse por una salida social a la crisis y que consideran que, efectivamente, esta lógica de recortes es una estrategia irresponsable que arruinará nuestro país.

### **3. UN BLOQUE POLÍTICO Y SOCIAL PARA CAMBIAR DE POLÍTICA, PARA CAMBIAR LA SOCIEDAD**

Desde IA creemos que hay una oportunidad para cambiar de política y para cambiar la política. Creemos que el malestar que se está extendiendo abre opciones reales a una propuesta que coloque en el frontispicio de su discurso



los intereses de la mayoría frente a la lógica suicida de las necesidades de un capitalismo agónico.

Necesitamos reconstruir un programa alternativo en el que confluyan los intereses de esa “inmensa mayoría” castigada hoy por las políticas neoliberales. Y necesitamos hacerlo con su concurso y su participación. Es momento para que las alternativas sean construidas por aquellos y aquellas que las necesitan, que las puedan hacer suyas. Por eso desde IA proponemos un Encuentro social para un programa de cambio.

Es el momento de pasar a una nueva dimensión de la representación política. Eso nos ha enseñado el 15M. Hay posibilidades y deseo de organizar un gran debate nacional sobre un cambio de modelo económico y político, y de hacerlo de una manera horizontal y transversal. Creemos que existe la ocasión para poder demandar la creación de un Foro de encuentro en el que puedan participar sindicatos de clase, partidos políticos, movimientos sociales e instituciones que promuevan y dinamicen este encuentro social.

Creemos que existe un amplio consenso respecto a algunas cuestiones centrales que ese programa de cambio debería incorporar: la modificación de las prioridades económicas; el fin de la sangría de dinero público para rescatar los sectores financieros; el fin de las políticas de ajuste; una modificación radical de las políticas impositivas y fiscales; la atención urgente a los sectores más necesitados; el fin de la reforma laboral y de aquellas medidas tomadas en los dos últimos años del gobierno del PSOE y todas las tomadas en el gobierno del PP; la creación de una comisión de expertos/as que audite las cuentas públicas y el déficit público; la creación de una banca pública; revisión de nuestra presencia en el euro; el establecimiento de responsabilidades penales en la gestión de la crisis; la creación de un paquete de medidas urgentes en materia medioambiental (ley de costas; centrales nucleares; energías renovables; fiscalidad ecológica; políticas de austeridad en el uso de recursos); medidas urgentes de reforma de la política (reforma de la Ley electoral; medidas para la puesta en marcha de prácticas democráticas participativas; la reforma radical del poder judicial etc.).

Creemos que ese consenso es suficiente, amplio y creíble y que un proceso participativo orientado a construir un *Programa de la mayoría social para un cambio social*, puede posibilitar hoy varias cosas:

- Dar una orientación progresista y alternativa al malestar, es decir, no dar por supuesto que el actual malestar tendrá, de manera natural, una “salida a la izquierda”. Como hemos dicho antes, más bien, al contrario, la actual situación puede propiciar representaciones neopopulistas, autoritarias y/o neofascistas. Por eso, ocupar un espacio público y político con propuestas alternativas es una condición para dar una salida y esperanza a la rabia y la indignación de millones de personas.
- Construir un nuevo sentido común. Es decir, ayudar a hacer mayoritaria una narración de lo que ocurre, una explicación de nuestra realidad que hoy aparece dominada por el mantra neoliberal. Una de las grandes aportaciones del 15M ha sido impugnar este mantra y hacer evidente su debilidad e impostura. Pues bien, se trata de agrandar ese espacio de interpretación, de explicación y de organización. Y para hacerlo hoy creemos que se necesitan prácticas que vayan más allá de presentarse

como *el único representante legítimo de los sectores populares*. Hoy, con humildad, debemos reconocer que esa representación es amplia, plural y, a veces, contradictoria. Y que para convertir esos espacios diferentes en una propuesta articulada y orientada a un fin compartido, se necesitan otras experiencias, otras prácticas. Este *Encuentro* es una manera de pensar en esos términos.

- Necesitamos hacer visible que son posibles otros modos de vivir y ser felices y que pueden y deben primar otros objetivos sociales, económicos y políticos. Frente al hiperconsumo y la degradación medioambiental, frente a la moral del sálvese quien pueda, es posible y necesario, rescatar la idea de la austeridad, de un buen vivir solidario con el resto de la humanidad; respetuoso con otras formas de vida que cohabitan con nosotros este planeta y que sea sostenible ecológicamente.
- Dar perspectiva a ese bloque social y político que debe ser nuestro objetivo. Deberíamos aspirar a que ese proceso fuera consolidando la articulación de una *Propuesta de Izquierdas*, un frente político de la izquierda plural y alternativa que ofreciese un espacio de representación a la altura de los desafíos que proponemos.

Creemos que existe una ocasión para ir haciendo verdad esa lógica de construir de arriba-abajo una nueva propuesta política: las próximas elecciones europeas. Desde IA proponemos la presentación de una candidatura de la izquierda plural, una candidatura construida desde el acuerdo y participada en un debate estatal y refrendada mediante un proceso electoral paralelo. Proponemos que IU, sin arrogancia, con humildad dé un paso en esa dirección, proponiendo ese encuentro y esa candidatura y llamando a todas las organizaciones de la izquierda alternativa de nuestro estado a participar en el proceso. Desde IA vamos a comprometernos con ese proceso, a defenderlo y a impulsarlo.

Hay espacio para la esperanza y es nuestro objetivo intentar convertir la rabia de hoy en la propuesta política de mañana.